

Contribuir a dar sentido a la enfermedad

Lina María Acuña (Colombia)

Estudiante de Medicina en la Universidad de La Sabana, en Bogotá. Actualmente está en el último año de internado en el intercambio con una Universidad de Medellín. Quiere hacer su especialización en Medicina Interna y trabajar con enfermos terminales (Medicina Paliativa). Aunque no pudo asistir al Congreso, presentamos un breve extracto del texto que preparó en el que se refleja el sentido cristiano del sufrimiento y la actitud de servicio en su sector profesional.

Quien se acerca al Beato Josemaría aprende a ordenar su tiempo, sabiendo que primero están los deberes con Dios, luego con los demás, y que además ese tiempo dedicado al trabajo, a la familia y a los amigos también es tiempo que se le dedica a Dios. Así se aprende a ser un cristiano que no abandona su lugar, pero que tampoco abandona a Dios; es más, hace que Dios sea la cabeza de cada una de sus actividades.

La vida de las personas tiene tanto valor porque es a imagen y semejanza de Dios. Esto me lleva a que sienta la responsabilidad de realizar mi trabajo con la mayor delicadeza posible, sabiendo que estoy para servir a esas personas, para ayudarlas, muchas veces en algo que a la luz de la ciencia es muy poco, como puede ser el hecho de enseñarle a alguien el verdadero valor del sufrimiento humano. He aprendido que en el trabajo, si se lucha, se puede estar siempre en presencia de Dios, un paciente sufriendo, es Cristo cargando con la cruz; un niño que nace, es Jesús recién nacido; las madres que van a dar a luz, pueden recordar los sufrimientos de la vida de la Santísima Virgen y así a lo largo del día.

La muerte es un hecho de la vida de todos los hombres que nos atemoriza, y en general, para quienes estudiamos medicina es un tema que llega muchas veces a costarnos mucho, porque en general pensamos que estamos solo para salvar vidas y cuando un paciente se muere muchas veces no lo enfrentamos correctamente y pensamos que es un fracaso.

Recuerdo especialmente que en el año en el que empecé a hacer mis prácticas hospitalarias, se encontraba una paciente joven que tenía hijos pequeños;

padecía una enfermedad sistémica que le había comprometido seriamente varios órganos importantes, entre ellos, el pulmón. Su pronóstico era muy desfavorable y cada día empeoraba más, hasta que llegó un día en el cual presentó un paro cardio respiratorio del cual no se recuperó, yo me encontraba en su habitación, en donde vimos que su agonía era lenta. En ese momento algún compañero de otra universidad comentó que era mejor terminar de una vez por todas con eso, que por qué no se le aplicaba una inyección que acelerara el proceso. Afortunadamente quien se encontraba a cargo de la situación fue sensato y dijo que no.

Yo aprendí que en mi profesión el hecho de tener fe hace que veamos la muerte como algo que con mucha frecuencia es doloroso pero que forma parte de la naturaleza de las personas, que no implica una frustración para los médicos y que, cuando se hace necesario, somos nosotros quienes debemos acompañar a los pacientes que tienen enfermedades terminales, para que puedan asumir mejor la muerte y para que se encuentren preparados cuando llegue.